

Artistas

FUE por demás extraño que, sin ponernos de acuerdo, nos viéramos reunidos cinco pintores renterianos, una de estas tardes veraniegas. Mera coincidencia, feliz coyuntura, en la que charlamos hasta por los codos de arte. Esto es irremediable entre artistas; tanto más, a la fresca de tupida enramada y con sendos vasos de cerveza por delante.

Cinco pintores a los que les une, aparte del vínculo «errikosheme», cierto parentesco conceptual de su arte, dentro de los particulares distingos e inalienables personalidades, podían formar en un pueblo como Rentería algo así como un club, peña o «sociedad», en la que reunirse siquiera una vez al año, para brindar por el arte renteriano a los postres de opípara «afarimerienda». ¡De menos hizo Dios a tantos cuchipanderos como andan sueltos por ahí! De todas suertes, tendríamos la espaciosa disculpa de ser, con la modesta cuanto ilusionada práctica de nuestro arte, algo así como la compensación idealista de los fabriles ardores de una villa que alguien tildó «de muchos humos».

* * *

Es curioso que en el lapso de las dos guerras se diera en Rentería la eclosión de unos afanes pictóricos sin tradición ni precedente. ¿Cómo pudo ser esto?, comentamos.

—¡Qué se yo! De ver a otros pintar, quizá— insinuó Jesús Martín.

—¡No! —aseguró, categórico, Anthón Valverde—. El artista nace artista.

—¡Claro! —arguyó Martín—. Pero si he de decir la verdad, viéndote pintar a tí, Cobreros, sentí yo el primer impulso de ser pintor.

—¡Caramba, cofrade! —exclamé, mientras Justo,



“VIEJO OYARZUARRA” (Acuarela), por Antonio Valverde.



“RETRATO”, por Eugenia Los Santos

Pascua y Eugeni Los Santos sonreían—. Siempre se dijo que el que a buen árbol se arrima...

—Según tu teoría —insistió Valverde de buen talante, dirigiéndose a Jesús—, podíamos habernos dedicado a vender hojas de afeitar por las ferias, dada la pasada atención con que solíamos escuchar a León Salvador por las «Magdalenas».

—Tienes razón, Anthón —aclaré—, mas yo vi de chico pintar a Darío de Regoyos, en Esticho, ese cuadro maravilloso de los chicos bañándose en la presa del río con la Fandería por fondo, que está en el Museo de Bilbao. Regoyos vivía entonces aquí...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que, como insinúa Jesús, pudo muy bien ser aquello la primera aldabonada en mi subconsciente, que luego irían repicando otras, a medida que, más adelante, tuve ocasión de ver pintar a tantos artistas como solían pasar por Pasajes...

—Pues yo siempre sentí ganas de pintar y comencé a garrapatear dibujos desde muy peque, sin haber visto pintar a nadie.

—Que esto es lo que nos ha pasado a los más —sentenció Pascua, y que corroboró un gesto afirmativo-mudo, pero expresivo de Eugeni—. Lo que pasa es que vosotros fuisteis a estudiar el arte fuera y yo he tenido que contentarme con ser poco menos que autodidacta.

—Eso es lo mejor —opinó Eugeni dejándonos oír su voz—. Ni el autodidacta se produce por generación espontánea, ni las academias lo hacen todo. La cosa está en trabajar enterándose de lo que se hace, para poder superarse de una en otra obra.

—¿Qué tiene mi pintura —apoyé a Eugeni, dirigiéndome a Valverde—, ni la de ésta, cuyos inicios son también sanfernandinos, del sedimento escolástico de nuestra Escuela Superior de Bellas Artes; qué la de

renterianos



"BODEGON", Por Justo Pascua

Martín, del «fauvisme», entonces en su apogeo del París en que se formó; que la tuya misma de tu maestro?

—Algo queda... —insistió Anthón, sin dar su brazo a torcer.

—No más —le interrumpió Martín—, que la ayuda de nuestras madres cuando dimos los primeros pasos, en nuestro modo de andar de hoy.

—La cosa es ser personal —afirmó Eugeni...

—¡De acuerdo! —asintió Anthón—. Sí, personal, pero con auténtica personalidad y no prestada.

—Lo peor no es eso —suspiró alguno de nosotros—, sino la dificultad que ofrecen los tiempos presentes para el desarrollo del arte.

—Esa sí que es la causa —afirmó Valverde—, de robar personalidades en candelero, para que los críticos se ocupen del artista y trate, así, de darse a conocer; esto es, poder vivir del arte.

—Tienes razón, Anthón —repliqué—. Y por no prostituir tu arte, por pintar como sientes, vives tú de tus industrias gráficas; como yo de la enseñanza artística; como Martín de su cargo de restaurador en el Museo del Prado; como Pascua de su taller de pintura decorativa; como Eugeni de sus quehaceres extra artísticos.

Tras un momento de silencio en que me vino a la memoria cómo Velázquez cobraba en la nómina de Palacio a continuación del peluquero, alguien exclamó:

—¡Es que nos ha tocado bailar con la más fea!

—¡No te quejes!

—Tienes razón. El secreto está en seguir produciendo con autenticidad y mejor, si es para uno mismo, y no para un público advenedizo, voluble, snob.

—Esa es la pura verdad.

* * *

Y siguió la charla:

Hablamos de todo un poco, de las xilografías de

Martín, de las acuarelas de Valverde, de mis aguafuertes, del arte decorativo de Pascua y de las esculturas modeladas por Eugenia Los Santos; de nuestras inquietudes, de nuestras ilusiones, de nuestros afanes... ¡de tantas cosas! De todo, menos de lo que inició la charla: lo que pudo causar la afición a la pintura, en un momento dado, en unos peques renterianos sin antecedentes artísticos en el ambiente de nuestro pueblo.

Y, de pronto, me acordé de cómo se me había requerido para que escribiera algo sobre los artistas renterianos para «Oarso», incluyéndome yo mismo en la referencia; lo cual es el absurdo más disparatado que se le puede proponer a quien, burla burlando, se ve metido a ratos en el arduo oficio de tirar piedras al tejado ajeno.

—¿Queréis dejarme por unos días alguna de vuestras obras más representativas? —propuse a mis compañeros.

—¿Para qué? —respondieron al unísono.

—Para reproducirlas en un artículo sobre artistas renterianos. Ellas explicarán de por sí y mucho mejor que con palabras nuestro arte. ¿Hace?

—¡Bueno! —accedieron.

—Y, si no, ¡que nos busquen en el Espasa!— exclamó alguno.

Coletilla que se coreó con risas y aplausos por todos los demás.

V. Cobreros Uranga

NOTA.—La reproducción de una obra del pintor renteriano, Jesús Martín Benito, que concurre en el presente reportaje, figura en la página dedicada a la Ermita de Santa Clara.



Fragmento de "RINCONETE Y CORTADILLO", por V. Cobreros Uranga